

sistir á una esperiencia tan palpable y tan reiterada? Pronto indagaremos el origen de nuestros sentimientos, y esto nos pondrá en estado de descubrir el verdadero nudo de la dificultad. A esta indagacion parece conducirnos otra objecion que suele hacerse.

«El amor, dicen algunos, aquel sentimiento que experimentamos cuando nos agrada, y nos mueve un objeto, cuando se apodera de nosotros y nos transporta este amor no puede proceder de otra causa que de las sensaciones del alma, pues se reviste del carácter de estas, y es independiente como ellas de los caprichos de la voluntad y de los sofismas de la imaginacion. En una palabra, el amor es un sentimiento; todo sentimiento supone una sensacion á quien debe la existencia, y toda sensacion exige necesariamente un objeto exterior que la produzca: con el amor que se tiene á una mujer, es una prueba de su belleza.»

A esto repondo excluyendo desde luego de los sentimientos, que se fundan en las sensaciones del alma, el sentimiento del amor. A primera vista parecerá esto una paradoja; pero bien pronto dejará de parecerlo, y se verá claramente que no puede legitimamente concluirse del amor á las mujeres, la belleza, es decir el amor á las mujeres solo tiene por fundamento cualidades imaginarias, que se suponen existir en el objeto amado.

«¿Pues qué! dirás, oh Aglae, ¿será que aquel sentimiento que se experimenta á la vista de una mujer hermosa, no sea un efecto de las sensaciones que la representan, y sin embargo la sola vista de aquella mujer lo ha producido en el alma? Con que este prueba demostrativamente que aquella mujer es hermosa, pues está fundado en una sensacion verdadera. Si no hay objetos bellos en sí mismos, ¿cómo tengo yo la idea de la belleza? Pues ¿quién hará nacer esta idea en mi espíritu? ¿Quién producirá en mi corazon el sentimiento del amor? ¿Será preciso suponer que me parece bello un objeto que no lo es, y que este mismo objeto, aunque destituido de belleza, hace en mi alma el efecto que debe hacer la belleza, y dá el ser á un sentimiento que solo inspira la belleza, es decir á el amor? Semejante pretension seria ciertamente absurda, y puedo, al contrario asegurar, que pues que experimento al ver á Filemón aquel sentimiento de amor, que es una prueba invencible de la existencia de la belleza, es realmente bello Filemón. Y en efecto, (voy á acabar de convenceros de esta verdad por medio de una comparacion muy obvia) cuando la imágen de un globo se trasmite á mi alma por medio de los sentidos, mi espíritu se forma inmediatamente la idea de redondez, lo que prueba que es realmente redondo el objeto percibido: así, pues, fundándose el amor en las sensaciones que experimentamos al ver un objeto, es claro que este objeto es bello por sí mismo. (1)»

Esta objecion, Aglae, está fundada en objeciones mal hechas. En primer lugar crees que no se mandan los sentimientos, sino que se derivan de la naturaleza de las cosas, fundada en que deben su existencia á las sensaciones de nuestra alma, que nos representa los objetos como son en sí. Además de esto estableces que el mecanismo de nuestros sentimientos es semejante al giro de nuestras ideas, y de aquí concluyes que es bello Filemón, porque un globo es

redondo. Pero, ¿qué tienen de comun la redondez y la belleza? Y ¿de dónde viene que te parezca tan exacta la comparacion? Me lisongeo de poderte hacer comprender su ninguna exactitud ni solidez. Respóndeme, pues, cuando en cualquiera pais del mundo se percibe un globo, ¿no excita éste inmediatamente la idea de redondez? Y semejante idea, ¿no vá invariable é inmutablemente unida y anexa á la sensacion de un globo, ora sea en América ó en Europa, bajo de un polo ó del otro, en París ó en Pekin? Pero, ¿qué impresion hará en el corazon de una negra ese Filemón, cuya simple vista basta para despertar en tu alma el sentimiento del amor? No ignoras cuán diversas opiniones tienen sobre la belleza los hombres de las diferentes regiones de la tierra: ahora, pues, ¿no es cierto que la sensacion de Filemón solo excitaria casi en todas las naciones aquel sentimiento de horror que la fealdad sola es capaz de inspirar?

Pero ¿de dónde proviene esta extrema diferencia entre la redondez y la belleza, entre un globo y Filemón? Es indispensable confesar que dimana de la misma naturaleza de estos dos objetos; y por consiguiente bastará demostrar que un globo es realmente redondo, para probar que Filemón no es realmente hermoso, pero la idea de redondez es tan inseparable de la sensacion de un globo, que no es posible concebir uno sin otro, de modo que se suponen mutuamente; de aquí que la redondez es esencial al globo. Concluyo, pues, que Filemón no tiene mas que una belleza quimérica, y en general, que la belleza de tu sexo nada tiene de real.

Permíteme ahora que te haga ver, por medio de otra comparacion, la idea que debe formarse de esta pretendida prerogativa.

¿No has visto alguna vez desde lejos una torre cuadrada aparecer redonda á los ojos del espectador? Tira una línea desde el pié de aquella torre hasta perderla de vista, vuelve despues sobre tus pasos y camina hácia ella.

Casi á cada punto de tu marcha tendrás una idea diferente de la misma torre: tan pronto la verás mas gruesa, tan pronto mas pequeña; ya se ofrecerá á tu vista bajo la forma de una torre redonda, y ya finalmente bajo la de una torre perfectamente cuadrada. Tus ideas se destruirán mutuamente, y así la idea que existia antes, será reducida á nada por la que existirá despues; y esta misma será aniquilada por la siguiente.

Supon ahora que esta torre es una mujer, y que quieres formarte ideas generales de la belleza, por las diferentes sensaciones que te ha hecho experimentar la representacion de aquella torre. Y ¿qué sucederá? Que á la distancia de veinte pasos dirás que no pueden ser bellas las mujeres, sino cuando son gruesas y cuadradas, á algunos centenares de pasos discurrirás de otro modo, y entonces deberán, para ser bellas, ser mucho mas pequeñas y sus lados mas obtusos; y en fin, á una grande distancia, querrias que tuviesen la altura de un pigmeo y la redondez de un cilindro. Así van los hombres: engañados por las circunstancias de los lugares ó seducidos por los estravíos de una imaginacion desarreglada, fluctúan siempre de errores en errores, no abrazan mas que fantasmas, y se alimentan de humo. (1)

(1) Debo advertir, que siempre que uso de la palabra amor no la tomo en la acepcion comun, como me parece haberlo dado á entender sufficientemente, sino para denotar aquel sentimiento, que ni aun el hombre mas frio y moderado puede dejar de experimentar en sí, á vista de lo que cree ser bello, ó lo es realmente. A este sentimiento lo llamo amor, porque estoy persuadido á que es este el único nombre que le conviene. En efecto, si nos examinamos bien á nosotros mismos, hallaremos que el sentimiento de que hablo, va siempre acompañado del deseo de gozar, lo cual lo distingue de la admiracion, de la estimacion y de cualquiera otro movimiento del alma.

(1) Podria decir alguno: «Las diversas ideas de la torre, de que hablamos, provienen de otras tantas verdaderas sensaciones; con que de que la belleza no esté fundada en las sensaciones de nuestra alma, nada puede concluirse contra su existencia.»

Esta consecuencia no es legítima, porque si nos engañan nuestros sentidos con mas razon podrán engañarnos nuestro amor propio y nuestra imaginacion. Otros inferirian al contrario, que de que la belleza varie segun los climas y las costumbres de los pueblos, no se sigue que la idea que se tiene de ella no esté fundada en las sensaciones del alma. Pero á esto se responde, que di-